

*Aurora.*

*Su nombre pesaba como una corona de oro cuando era pequeña. Aurora, como la princesa que durmió cien años por culpa de una rueca y encontró el amor verdadero sin tener que molestarle siquiera en abrir los ojos.*

*«Nombre de princesa, destino de princesa», le decía su abuelo siempre que la sentaba en el caballo dorado de su carrusel. Y ella le creía, porque cómo no creerle montada en el corcel dorado de un carrusel de cuento de hadas y compartiendo nombre con la Bella Durmiente.*

*Sin embargo, ni su abuelo ni su nombre ni el corcel dorado fueron suficientes para mantener su fe para siempre. Todo lo que había creído que era y que sería se desvaneció como nieve en el agua el día que encontró en la biblioteca ese libro de cuentos tradicionales. Gracias a él la pequeña Aurora descubrió la verdad que ocultaban los finales felices de las películas con las que había crecido y que a partir de entonces aborrecería. Gracias a él supo que toda esa historia sobre la princesa que durmió durante cien años y despertó por el beso de amor verdadero de un príncipe no era más que una patraña edulcorada.*

*Las versiones tradicionales le parecieron muchísimo más interesantes.*

*El cuentista italiano Basile le brindó al mundo la primera y más oscura versión de la historia. El Rey se encuentra con la princesa Talía dormida en un castillo abandonado, y dueño y señor del mundo como es, decide echar una canita al aire con ella. Tiene tan buena puntería que la deja embarazada. Nueve meses después y aún dormida, Talía da a luz a una pareja*

*de bebés, Luna y Sol, que trepan por su cuerpo en busca de sus pechos para alimentarse. Uno de ellos le extrae la astilla de lino que la hechizó y la princesa despierta. Aún adormilada, decide que empezar una relación con el Rey, que ha vuelto a por ella, es una grandísima idea. El problema es que el Rey está casado, y cuando su esposa se da cuenta de que tiene más cuernos que todos los ciervos que caza su marido juntos, ordena a un cocinero que guise a los bebés y se los sirva al Rey y condena a Talía a arder en una hoguera. El honor del Rey le hace salir en auxilio de su amante y ordena que sea su reina quien sea quemada viva.*

*Así que en lugar de una bonita historia de amor, la pequeña Aurora se encontró con la historia de una violación, una princesa tonta, una reina psicópata y un rey con una moral bastante podrida. Lo que no encontró fue ninguna Aurora entre las palabras del cuentista.*

*Tiempo después descubrió que ese nombre solo aparece en la versión de Perrault, y era el de la hija de la princesa. Lo único que pudo consolar a nuestra pequeña Aurora fue descubrir que en esta versión, Aurora y Día nacen después de que el príncipe y la princesa se casaran. Pero ni siquiera eso sirvió para que la pequeña siguiera creyendo que su nombre era especial, porque la boda de los príncipes no era el final del cuento. Perrault adaptó la historia del cocinero, con la diferencia de que en esta versión es la suegra de la Bella Durmiente quien pretende acabar con ella y con los niños.*

*Así que ni princesas ni príncipes y mucho menos perdicés.*

*Nuestra pequeña Aurora perdió la fe el día que descubrió que su nombre era una historia de sociópatas disfrazada de cuento de hadas.*



Valira es digna de un cuento de hadas esta noche.

Nada falla en la postal: las luces entre la plaza y el cielo, los balcones llenos de flores rojas, la gente cantando y bailando y comiendo y bebiendo, la gran fogata en un extremo de la plaza y el carrusel en el otro. Entre ellos, el pozo de la Reina Valira, hoy inutilizado y convertido en atracción turística. Si es cierto lo que cuenta la leyenda, si realmente el espíritu de la Reina Enamorada está ahí encerrado, hoy debe de estar de muy mal humor, porque es imposible que pueda dormir. Todo el mundo ha salido a la calle para celebrar la llegada del verano. Todas las generaciones del pueblo están reunidas en la plaza del pozo en un tapiz donde caben tanto parejas de ancianos bailando pasodobles como niños haciendo cola para montar por enésima vez esta noche en el carrusel.

Cuenta la leyenda que montar en el carrusel en la noche de San Juan te asegura un verano lleno de suerte. O al menos eso es lo que cuenta mi abuelo, lo que en el pueblo viene a significar lo mismo.

Mi abuelo y su carrusel —nuestro carrusel— son tan parte del pueblo como el pozo de la plaza o la leyenda de la Reina Enamorada. Los turistas se detienen en el pueblo para ver uno de los carruseles en funcionamiento más antiguos de Europa y sacarle mil fotografías, mientras el abuelo explica a quien quiera escucharlo y entienda su idioma que su carrusel lo construyó su abuelo con sus propias manos y que tiene algo que lo hace único en el mundo: magia.

He escuchado tantas veces su discurso que puedo repetirlo palabra por palabra sin titubear.

«Veréis, la madera del carrusel proviene de las partes más recónditas de estos bosques, del lugar donde un día vivió la corte feérica de la Reina Valira, nuestra Reina Enamorada. Algunos de los árboles que veis ahí, a lo lejos, tienen poderes que ningún humano conoce, y por eso las figuras son mágicas. Y digo mágicas de verdad, no como esas pamplinas sacacuartos de las fuentes. Aquí no tenéis que tirar una moneda por encima del hombro ni pedir un deseo. Solo tenéis que elegir sabiamente la figura en la que queréis montar para conseguir aquello que deseáis. Los corceles marrones si queréis valentía, los blancos si lo que buscáis es arreglar una amistad malograda, la carroza si deseáis que vuestra persona amada os corresponda.»

Por eso el abuelo no deja montar a nadie sin recomendarles antes una figura, y esta noche no va a ser una excepción. Esta es la noche más mágica del año y hay que aprovecharla, le dice a todos los que suben al carrusel antes de recomendarles una figura, ya tengan nueve o noventa años.

Solo hay una figura que siempre deja vacía: el corcel dorado del piso superior. Únicamente los turistas preguntan por ella; los valirenses la rehúyen como si estuviera infestada de termitas. Todo el pueblo sabe que la figura está maldita, y aunque en tierra todos hagan broma, a la hora de la verdad nadie se atreve a subir a ese caballo.

Solo por si acaso.

Los únicos que lo hemos hecho alguna vez somos yo y el abuelo, y no porque sepamos que es tan normal como las demás, sino porque sabemos que es la única figura realmente diferente.

—¿Quieres subir, boniato? —me pregunta el abuelo, con la mano encima del botón y la vista puesta en la única figura vacía—. Me ha dicho tu madre que habéis vuelto a discutir.

Su hija es «tu madre» solo cuando quiere criticar algo de lo que ella hace. Me encojo de hombros y niego con la cabeza.

Discutir por la hora de volver a casa es algo demasiado habitual como para merecer un viaje en el corcel dorado.

—¿Estás segura?

—Estoy segura.

—Entonces... —carraspea—, ¡a volar!

Presiona el botón con fuerza y el carrusel empieza a girar. Su música se mezcla con la de la orquesta.

—¿Cómo estás, abuelo? —Me hago a un lado para dejarle salir de la caseta.

—¿Yo? ¿Cómo voy a estar, boniato? Ya he perdido la cuenta de las vueltas que hemos dado hoy. La pregunta es: ¿qué haces tú aquí? ¿No te he dicho que te vayas? Ya tengo a estos dos vigi-lándome—. Dice, señalando con la mano a Herminia y Emilio, que charlan junto a la escalera del carrusel.

—Y yo te he dicho que me quedo para ayudarte.

—No me vengas con chorradas. Aún puedo darle a un botón. No soy tan viejo.

Su cuerpo no está muy de acuerdo con eso. Ya ha fallado una vez y estuvo a punto de ser la última, así que dejarlo solo en una noche con tantos clientes no es una opción. Me da igual que Herminia y Emilio, sus mejores amigos y prácticamente siameses desde el incidente, le hagan compañía, me da igual que todo Valira esté en la plaza del pozo en estos momentos y me da igual que si necesita un médico encontraría al menos a diez en cuestión de segundos; si papá o mamá no están a menos de diez metros de él, yo no voy a moverme ni un centímetro de su lado. Él es más importante que unos petardos y unas botellas de alcohol.

Además, estar alejada del centro de la fiesta me permite observar a la gente. En un pueblo de montaña como el nuestro, los cotilleos se pagan a precio de oro, y en una noche de fiesta como esta, cualquier cosa puede pasar. Y cualquiera, porque con el verano ya han empezado a llegar los primeros turistas, que están de paso, y los forasteros, que se quedarán por la zona durante la temporada alta. Cualquier información sobre los

jóvenes estudiantes que vienen a trabajar durante el verano es bien recibida en un pueblo donde todos nos conocemos demasiado y hay tantas historias y líos que nuestro instituto parece el escenario de un culebrón venezolano.

Aunque los forasteros suelen llegar a principios de julio, entre la multitud ya hay bastantes caras desconocidas que tienen toda la pinta de haber venido para quedarse. El perfil es fácilmente reconocible: chicos y chicas sobre la veintena con pintas de venir de la playa a pesar de que la más cercana esté a doscientos kilómetros en línea recta.

—¡Aurora! ¡Aurora! ¡Dubois!

Ona se abre paso entre la gente mientras mueve enérgicamente los brazos por encima de la cabeza. Como si sus gritos no fueran suficiente para llamar mi atención. Detrás de ella, como siempre, llega Paula.

Compruebo que mi abuelo lo tiene todo controlado antes de acercarme a ellas.

Me extraña verlas ahí. Se supone que la fiesta del siglo (es decir, la fiesta de San Juan de verdad, la de los jóvenes) está empezando ahora mismo en el descampado de las caravanas. Ona y Paula no se pierden ninguna fiesta bajo ninguna circunstancia, y mucho menos si pueden empezar a buscar entre los forasteros recién llegados sus presas de la temporada.

—Ya os he dicho que no puedo... —Empiezo a excusarme. Que hayan venido hasta aquí solo puede significar que quieren arrastrarme hasta las caravanas.

Este verano promete ser especialmente intenso. En septiembre, Pau se mudará a doscientos kilómetros de aquí para estudiar Odontología; Bardo trabajará en el restaurante de su padre mientras se saca no sé muy bien qué ciclo, y Ona y Paula estudiarán en la universidad de Aranés. En cuanto a mí, dividiré mi tiempo entre la pastelería y el carrusel mientras sigo intentando descubrir qué quiero hacer con mi vida. Hemos crecido juntos, hemos compartido siempre clase y prácticamente todos nuestros ratos libres, así que el otoño marcará el fin de una era.

Tenemos que aprovechar el verano antes de que las cosas cambien.

—Que sí, que estás con el carrusel y que tu abuelo te necesita y que eres un muermo y blablablá. —Ona mueve la cabeza de un lado a otro, haciendo que su pelo baile y le cosquillee los hombros. Ona sufre desde siempre una severa incontinenia verbal: lo que piensa, lo dice. Sin filtros, sin sensibilidades. Es su mayor defecto y todos la queremos por ello—. Ya sabemos que eres un caso perdido. No hemos venido por eso.

—Estábamos en las caravanas con los chicos y... —interviene Paula, mientras se ata su melena oscura en una coleta desgarrada.

—¡Mira a quién te traemos!

Por detrás de Paula asoma una melena alborotada del color de la paja, una piel tan blanca como la nieve, unos ojos claros y alegres...

Tengo que parpadear para creer que no me lo estoy imaginando. No puede ser. ¿O sí puede ser? ¿Es ella? ¿Es...?

—¿Erin?

La chica que tengo enfrente reacciona exactamente como lo haría la Erin que recuerdo: corre entre la gente hasta tirarse sobre mí y me abraza con tanta fuerza que parece que quiera partirme en dos.

Nadie diría que llevamos más de un año sin saber nada la una de la otra.

Los primeros meses después de que se mudara hablamos algunas veces, pero con el paso del tiempo terminamos por relegarnos a ese rincón de la memoria al que da demasiada pereza llegar. No puedo culparla, no cuando tiene una vida a más de quinientos kilómetros de aquí, más allá de la plaza de un pequeño pueblo de montaña y una explanada con cuatro caravanas desvencijadas.

—No has cambiado nada, Au.

Au. Hace tanto que nadie me llama así que casi me había olvidado de ese apodo.

Yo no soy solo Aurora, porque en un pueblo tan pequeño como Valira, tú nunca eres solo tú. Yo soy la nieta del Abuelo Dubois, *la de los Aldosa* o *la de los Dubois* para los más mayores, Dubois para mis amigos, la de la panadería para los forasteros que se quedan aquí durante al menos una temporada completa... y Au para Erin.

Dejé que se apropiara de ese apodo durante mucho tiempo antes de atreverme a decirle que sonaba como el quejido de un lobo moribundo. Recuerdo a la perfección su ceño fruncido mientras me explicaba que lo importante era el interior, lo que significaba: Au, el símbolo químico del oro.

—Erin, no... puedo... respirar —digo, entre risas.

—Perdona —responde ella, también riéndose—. ¿Cómo estás? Hace muchísimo que no sé nada de ti. ¿Cómo va todo? ¿Y tu familia? ¿Tus padres están bien? No les he visto aún. Hemos llegado hace unas horas y no nos ha dado tiempo a nada. ¿Y tu abuelo? ¿Cómo está? Me han dicho que tuvo problemas de salud hace un tiempo... ¿Se ha recuperado? ¿Está por aquí? Qué tontería, claro que sí, el carrusel está en marcha... Me gustaría saludarlo, aunque quizá, mejor otro día, ¿no? Perdona, ¿estabas trabajando? ¿Hemos venido en mal momento?

Definitivamente, la gran ciudad no la ha cambiado.

—No te preocupes —respondo, meneando la cabeza para sacudirme de encima las ganas de seguir riéndome—. Todo está bien. ¿Y qué haces tú aquí?

Una sonrisa explota en sus labios con la fuerza de mil fuegos artificiales.

—¡Hemos vuelto!

—¿A pasar las vacaciones?

—¡No, a vivir aquí!

—¿Os quedaréis? —Siento una emoción en el estómago que no se traduce en mi voz.

—Bueno, Teo y yo solo durante el verano. Toca Universidad y eso, ya sabes —carraspea. Percibo la incomodidad en su voz y en su mirada esquivada.



Lo sabe.

Ona y Paula, que se han quedado lo bastante lejos de nosotras para dejarnos hablar tranquilamente pero lo bastante cerca para oírnos, deciden que es un buen momento para intervenir.

—¿Puedes escaparte un rato? —pregunta Paula—. Vamos ya a las caravanas.

No me hace falta comprobar cómo le va a mi abuelo para responder, pero aun así lo hago, solo para demostrarles a Ona y a Paula que no me estoy escaqueando. Sigue junto a la escalera, cambiando monedas por un tique y una recomendación personalizada para cada niño. Sonríe, feliz, y entre sus arrugas no se adivina ni traza de cansancio.

Así que vuelvo con las chicas y niego con la cabeza.

—Mi abuelo me necesita.

—¿Solo un rato? Seguro que Teo tiene ganas de verte —insiste Erin.

Teo.

Su nombre suena como una gota cayendo en el tejado. Como un chasquido de dedos. Como un tronco partiéndose por la mitad.

Teo.

No me gusta cómo suena.

Erin siempre ha sido de esa clase de persona que gusta a todo el mundo y a la que le gusta todo el mundo, y espera que los demás seamos como ella. Le cuesta entender que incluso en un pueblo como el nuestro, donde todos los niños crecemos juntos, yendo a la misma clase y divirtiéndonos en los mismos lugares, el roce no haga siempre el cariño. Por eso que no me molesto en buscar ni una excusa ni una respuesta elaborada.

—Otro día, Erin.

—Pero...

—No insistas —le advierte Paula al tiempo que la coge del brazo—. No puedes luchar contra el Abuelo Dubois.

Me encojo de hombros y asiento. Tiene razón.

—Vale, ¡pero nos vemos pronto! —me grita mientras se deja arrastrar por Paula entre el gentío—. ¡Saluda a tus padres y a tu abuelo de mi parte y diles que me pasaré en cuanto pueda! ¡Ah, y...!

Sus palabras se pierden entre la fiesta y yo vuelvo con el abuelo, que tiene el rostro inundado por esa alegría que solo su carrusel sabe darle.



Si no supiera ya que la magia existe, hoy me habría convencido. La gente va desfilando por la pastelería desde primera hora de la mañana sin rastro de cansancio en la cara. Es como si la fiesta de anoche no hubiera existido. Yo los miro entre asombrada y envidiosa desde el otro lado del mostrador, acompañada de panes, cocas y cruasanes, enfadada conmigo misma por haber cedido a la presión de grupo. La medianoche me robó la excusa del carrusel y terminé alargando la fiesta hasta que el sol ha asomado la cabeza.

De nada ha servido que el abuelo haya intentado convencer a mi madre para que me librara de ir a ayudar en la pastelería, y yo ni siquiera he podido poner la excusa de que no puedo conducir por la resaca para llegar al trabajo, porque llegar al negocio familiar cuesta tanto como bajar las escaleras de casa y abrir la puerta que da al obrador. O si uno tiene ganas de dar un rodeo, bajar por las escaleras que dan a la calle y entrar por la puerta de la pastelería.

La pastelería de los Aldosa es la única que hay en Valira, donde todo, incluido el pan, se hace artesanalmente, y también es la más antigua de la zona. Si los Dubois son parte destacada del pueblo debido a su carrusel, los Aldosa se han ganado un puesto de honor gracias a su pastelería, y en concreto gracias a su especialidad: los cruasanes.

Así que aquí estoy intentando mantenerme despierta desde las ocho y media de la mañana mientras atiendo a los clientes con una sonrisa que pesa como una losa. Por suerte, mi madre no para de pasarse entre la tienda y el obrador, así que en

cuanto entra un cliente, es ella quien lo aborda y le da coba. Yo me limito a cobrar las compras para llevar y a servir a los pocos madrugadores que se quedan a tomar algo.

Llevo toda la vida echando una mano en el negocio familiar, así que puedo hacerlo casi con los ojos cerrados.

Por eso no me doy cuenta de que mi madre se entretiene más de lo habitual con la última clienta hasta que me llama.

—¡Aurora! No seas maleducada y ven a saludar.

Desde el otro lado del mostrador me saluda una versión de Erin con treinta años más entre pecho y espalda. El mismo rostro delgado y los mismos ojos vivos y claros. Lo único diferente entre ellas es que la madre lleva el pelo mucho más corto que su hija.

—¿Te acuerdas de Núria? —vuelve a la carga mi madre, con esa voz dulcificada de quien cree hablar con un niño pequeño—. La madre de...

—...Erin y Teo. Claro que sí.

Ni siquiera los Dubois podemos dejar de recordar a alguien en este pueblo. Todos nos conocemos tan bien que parecemos de la misma familia. Y en muchos casos lo somos, aunque por suerte los lazos de sangre son demasiado antiguos y lejanos como para que haya problemas de incesto.

Además, es imposible que no recuerde a los Lluch Castellbó. Antes de que se marcharan, su casa era mi segundo hogar. Erin y yo pasábamos tardes enteras ahí, ya fuera con Ona y Paula o solas, en su habitación o en el jardín, y no puedo ni contar las veces que me quedé ahí a comer o a dormir.

Hace mucho de eso. Ahora las cosas son diferentes.

Los siguientes minutos son un conjunto de preguntas de cortesía por parte de Núria y bostezos mal disimulados por la mía. Núria me pregunta por lo que voy a hacer el año siguiente y antes de que pueda acabar de explicar que no lo tengo del todo claro, ya está hablando de Teo y sus Bellas Artes y Erin y su Ingeniería Aeronáutica. Dos chicos con futuros muy prometedores, sus hijos. Ya se ve en Nueva York, yendo a visitar a Erin a la NASA y a Teo al MoMa.

Por suerte para mí, una familia de turistas entra en el instante en el que empieza a hablar de no sé qué proyecto en el que acaban de embarcarse con Jesús, su marido, así que puedo descolgarme de la conversación para atenderlos.

No me malinterpretes: no es que no quiera escuchar cómo les ha ido a los Lluch fuera de Valira. Lo que no quiero es tener que tragarme el cuento de lo maravillosa que es la vida en un lugar donde no tienes que tragarte quince kilómetros de curvas para llegar a algún cine decente. No quiero escuchar lo bueno que ha sido para Erin y Teo salir del pueblo y vivir el mundo real, donde eres uno más del montón. No quiero saber cómo es vivir en una ciudad donde nadie te conoce o donde haya algo más interesante que hacer que ir a las caravanas de las quintas. Y, sobre todo, no quiero que nadie me pregunte si no me gustaría salir un tiempo de aquí a mí también.

Por eso me entretengo más de lo necesario sirviendo a los turistas, y en cuanto se van aprovecho para ir al baño, donde me dedico a contar las baldosas del suelo hasta que estoy segura de que Núria ya se habrá marchado. Lo calculo perfectamente, porque justo en el momento en que vuelvo a poner el pie en la tienda, Núria está cerrando la puerta a sus espaldas.

Mi plan solo tiene un fallo: mi madre.

Durante la siguiente media hora tengo que oír cómo repite punto por punto todo lo que le ha contado Núria. Vaya donde vaya, mi madre va detrás, colocando cosas por aquí y por allá mientras me habla de lo bien que se han adaptado Teo y Erin a la vida en la ciudad (previsible), lo infinita que es la cartelera cultural en una gran ciudad y lo divertido que es poder ir al teatro cualquier día de la semana (previsible), la cantidad de nuevos clientes que han conseguido en estos dos últimos años (previsible y vanidoso)... Pero sobre todo, cuánto han echado de menos Valira.

Eso último sí que no me lo esperaba.

No es que Valira no sea un buen lugar para vivir, pero la gente que se va del pueblo para no volver no suele decir que lo echa de menos.

Por supuesto, eso no significa que no lo hagan. La gente suele tener la simpática costumbre de parlotear durante horas sobre lo bien que le van las cosas, lo maravillosa que es su casa y lo perfecta que es su pareja, y se calla que tiene que tragarse cuarenta minutos de atascos todas las mañanas para ir al trabajo o que su querida pareja ronca tan fuerte que un día los vecinos llamaron a la policía. Lo llaman pensar en positivo. ¿Yo? Yo tengo claro que en casos como éste es una estrategia para hacer sufrir a quienes no podemos dejar este pueblo.

El caso es que los Lluch han echado tanto de menos Valira que han decidido volver. Es lo bueno que tiene tener unos padres dibujantes: pueden hacer su trabajo donde sea. Desde que tengo uso de memoria, Núria y Jesús trabajan codo con codo para diferentes empresas de ilustración. Se dedican sobre todo a los cómics y novelas gráficas, y creo que también han hecho algún trabajo en publicidad. Con un trabajo así, no les ha costado mucho empaquetar todas sus cosas y volver a su pueblo ahora que los mellizos han terminado el bachillerato.

—Erin y Teo se quedarán hasta que empiece la Universidad, claro. Después se volverán a marchar para estudiar. ¿Sabes qué estudiarán? ¡Be...

—Sí, mamá. Ya me lo has dicho —suspiro mientras coloco en el mostrador una nueva tanda de cruasanes. Joder. Necesito azúcar.

—...llas artes e Ingeniería Aeroespacial! Si es que estaba claro que estos chicos tenían un gran futuro por delante. Teo puede ser un poco gamberro, pero se ve que tiene esa sensibilidad artística que... ¿Y Erin? Esa chica tiene un cerebro privilegiado. Hará grandes cosas, ya verás. ¿Has oído que le han dado una beca para no sé qué universidad en Estados Unidos? Si es que se le veía de pequeña. ¿Te acuerdas cuando...?

Dejo que hable, pasando completamente por alto las palabras ocultas que escucho entre sus halagos, hasta que dejo de entender nada de lo que me está diciendo. De vez en cuando suelto un «claro» o asiento con la cabeza para que no se dé

cuenta de que me interesan más las ensaimadas que la vida de los Lluch. Al fin y al cabo, volverán a desaparecer en cuanto llegue el otoño.

—¿A qué hora te va bien?

Eso sí que lo oigo.

—¿Eh?

—Aurora, hija, qué mal te sienta no dormir. Que a qué hora te va bien ir.

—¿Ir a dónde?

—¿Cómo que a dónde? —Mamá frunce el ceño de forma suspicaz—. Si acabas de decir que claro que vienes. ¿Tú me escuchas cuando hablo? Porque en esta casa parece que hable con la pared. Da igual. A casa de los Lluch a ayudar con la mudanza. Dime a qué hora te va bien, para avisar a papá.

¿Es demasiado tarde para inventarme alguna excusa?

Mamá abre los ojos, aprieta los labios y pone los brazos en jarras, con la cadera ligeramente inclinada hacia la derecha. No hace falta que diga nada para que la entienda. Esta es una de sus posturas silenciosas favoritas, la «Atrévete-a-mentirme». Todo un clásico.

Así pues, sí, ya es demasiado tarde.

—Cuando quieras, mamá. Hoy no tengo nada que hacer.

Solo tengo una razón para no querer ir y no sirve para escaquearme. Durante los dos años que la casa de los Lluch ha estado vacía, me he colado tantas veces en su parcela que se ha convertido en mi refugio cuando quiero estar tranquila, así que el hecho de que la familia haya vuelto no me hace ninguna gracia.

Antes de que me pongas el cartel de ladrona, déjame que me explique.

Hay algo que debes saber de mí, y es que soy una persona con muy pocos pasatiempos. De hecho, solo tengo uno: la fotografía.

La casa de los Lluch es, junto con el pozo y el carrusel, uno de los lugares emblemáticos de Valira y, por tanto, también uno de mis favoritos.

Si quieres saber por qué, ponte cómodo para escuchar la historia que todo valirense ha de conocer. Pero no cojas palomitas, porque eso es solo para las películas de Hollywood; esto es un cuento de hadas.

Cuenta la leyenda que el nombre de nuestro pueblo fue una vez el de una reina feérica. Dicen que cuando los pájaros aún tenían dientes, en estos bosques vivían feéricos: seres llenos de sabiduría y magia. Cuando los humanos empezaron a establecerse en el valle, los feéricos se escondieron en las profundidades del bosque. No querían trato con esos seres inferiores que talaban árboles y cazaban a otros hermanos animales para alimentarse.

Hasta que un día, la Reina Valira, la reina de los feéricos, se encontró con un joven malherido en el bosque. La feérica se enamoró al instante del mortal y lo escondió en una cueva donde nadie pudiera encontrarlo mientras ella lo sanaba. Cuando recuperó el conocimiento, el joven cayó preso de la belleza de la Reina Valira y la pareja se declaró amor eterno frente al haya más grande del bosque. Y fue junto a ese árbol donde más tarde construyeron su hogar.

Más pronto que tarde, los feéricos descubrieron que su reina no solo había ayudado a un impuro, sino que se había enamorado de él. La feérica intentó hacerles comprender que los humanos no eran inferiores a ellos, solo diferentes, pero ni mil discursos fueron suficientes para convencer a su pueblo. Le dieron a elegir: el joven humano o su título.

Así fue como Valira se convirtió en una reina sin corona, la Reina Enamorada.

Donde siglos atrás habían vivido centenares de feéricos, ahora solo quedaban una decena: aquellos que aceptaron que su reina amara a un humano. Poco a poco, los feéricos fieles a su reina dejaron de vivir ocultos en el bosque. Aunque nunca lo abandonaron, sí empezaron a dejarse ver por la aldea de los humanos.

Y pasó lo que tenía que pasar: el tiempo. Mientras las arrugas iban poblando los rostros de los humanos que acogieron a



los feéricos, estos se mantenían tan jóvenes como el primer día. Así fue como Valira descubrió que el tiempo no pasa igual para humanos y feéricos, y que su amor no iba a ser eterno.

El joven se convirtió en adulto, el adulto en anciano y el anciano en un cuerpo apagado que expiró una noche de verano. La Reina Enamorada lloró hasta convertirse en un charco de agua tan pesada que se hundió en las profundidades de la tierra.

Cuenta la leyenda que el pozo del centro de nuestro pueblo fue erigido por los humanos en el lugar donde desapareció la Reina Enamorada para honrar la memoria de la feérica que los vio como iguales y que en su honor bautizaron su aldea con su nombre. Cuentan también que la Reina Enamorada no fue la única en amar a un humano y que los feéricos siguieron viviendo entre los humanos hasta que su tiempo se agotó.

Por eso no es extraño que en Valira no se niegue la magia. No te equivoques: no pretendo decir que la gente crea que hay escuelas de magos en Gran Bretaña, Francia o Rusia, ni que las hadas salgan a bailar en el bosque con la luna llena; no se trata de nada de eso. Si le preguntas a un valirense si cree en la magia, la mayoría de ellos trazará una sonrisa y se encogerá de hombros. «Quién sabe», dirá incluso el más atrevido.

Quién sabe si por las venas de las familias valirenses tradicionales corre sangre feérica.

Quién sabe si el espíritu de la Reina Enamorada descansa en el pozo y aún le habla a su pueblo cuando alguien se acerca para escucharla.

Quién sabe si es verdad lo que cuenta el Abuelo Dubois y las figuras del carrusel son mágicas.

Quién sabe si la Reina Valira y su amante vivieron realmente donde ahora viven los Lluch, más cerca del bosque que del pueblo, más cerca del mundo feérico que del humano. Y quién sabe si el haya que se alza imponente en el jardín desde hace siglos es el mismo que fue testigo de la promesa eterna de los dos amantes.

Yo comparto la opinión de mi abuelo: nada importa más allá de si uno cree o no cree, así que esos «quién sabe» están bien como están, sin interrogante ni respuesta. Lo único que sé con certeza es que las leyendas dan a Valira esa aura de cuento de hadas que a tantos visitantes atrae, y que con el recuerdo del amor mestizo o sin él, la casa de los Lluch es mi favorita de todo el pueblo.

¿Qué hay más misterioso que una casa abandonada en la linde de un bosque siglos atrás poblado por feéricos?

De entre las decenas de fotos de los rincones de Valira que duermen en el segundo cajón de mi escritorio, la casa de los Lluch es la gran protagonista. Es como todas las casas de la zona, con paredes de piedra, tejado de pizarra y contraventanas de madera; es la leyenda sobre la que está construida lo que la hace extraordinaria.

El jardín es mi parte favorita, sobre todo ahora que el bosque lo ha reclamado. Ahora nadie mantiene a raya el césped, ni acaba con las malas hierbas, ni arranca las flores silvestres para hacer ramos de flores con que decorar el interior de la casa. Ahora la belleza de lo salvaje se queda donde debería estar. Incluso los animales han sentido que el jardín volvía a ser suyo, porque ahora las ardillas se pasean por él como si fuera su casa.

—¡Aurora!

El jardín y las flores y las ardillas desaparecen en cuanto oigo el grito de mi padre. Vuelvo a estar en la pastelería, lejos de mi remanso de tranquilidad, segura de que cuando vuelva a él, ya no será como lo recuerdo.

Me sacudo de la mente los restos de esas imágenes y vuelvo al trabajo.

Tarde o temprano, todo lo bueno termina.